LVCENTVM
ISSN: 0213-2338 | ISSN-e: 1989-9904

XLIII, 2024, 89-105
https://doi.org/10.14198/LVCENTVM.25327

Cómo citar este artículo / How to cite this article: Moratalla Jávega, J. Ramón Baraza, P. y Segura Herrero, G. (2024). Paisaje ibérico en un área de transición: el valle de Caudete (Albacete). *Lucentum, XLIII*, 89-105. https://doi.org/10.14198/LVCENTVM.25327

Paisaje ibérico en un área de transición: el valle de Caudete (Albacete)

An Iberian landscape in a transitional area: the Caudete valley (Albacete)

Jesús Moratalla Jávega, jesus.moratalla@ua.es, https://orcid.org/0000-0003-0227-6150, Instituto Universitario de Investigación en Arqueología y Patrimonio Histórico, Universidad de Alicante, España
Pedro Ramón Baraza, pramonbaraza@gmail.com, https://orcid.org/0000-0002-8805-2408, Arquealia, España
Gabriel Segura Herrero, gsegura@arquealia.es, https://orcid.org/0009-0008-8726-8718, Arquealia, España

Recepción: 06/06/2023 Aceptación: 15/12/2023

Resumen

Una modesta intervención arqueológica, vinculada a la conocida como arqueología preventiva, ha proporcionado el hallazgo de un lote de cerámicas antiguas de indudable interés y cierta trascendencia, en el cerro de Santa Ana de Caudete. Gracias a ello, conocemos con datos empíricos la naturaleza de un asentamiento hasta ahora no excavado. Y también se demuestra la necesidad de establecer protocolos de control de actuaciones urbanas sobre cualquier tipo de evidencia del Patrimonio Histórico. La excavación arqueológica permite asegurar que, con un muy alto grado de probabilidad, parte del antiguo asentamiento todavía subsiste por la umbría del cerro y puede ser ampliamente excavado, por lo que en un futuro podría convertirse en un referente patrimonial de valor social de primer orden. Si próximos planes de actuación en la zona siguen los pasos ahora dados, podremos contar con un bien arqueológico relevante para conocer el fin del mundo ibérico ante la llegada de Roma.

El registro cerámico supone para la arqueología un documento de un valor incuestionable cuando pretendemos acercarnos al conocimiento de las sociedades protohistóricas. Esto queda de relieve en estas líneas para las que la exhumación de un modesto pero elocuente conjunto cerámico nos ha permitido releer y ampliar el conocimiento sobre el yacimiento de Santa Ana. De este modo, partiendo de este registro y de las variables aportadas por el estudio de su territorio circundante, hemos podido profundizar en la lectura del poblamiento ibérico situado en este sector de la cabecera del río Vinalopó y su conexión con otros nichos geográficos cercanos.

Palabras clave. Arqueología ibérica; arqueología del paisaje; visibilidad; Albacete; Ibérico tardío; romanización; ajuar cerámico; Vía Heráclea; Vía Augusta.

Abstract

A small archaeological survey performed within a preventive archaeology intervention has led to the discovery of a batch of ancient ceramics of undoubted interest and of some significance on the Santa Ana hill in Caudete. Therefore, we now have empirical data on the nature of an unexcavated settlement. Also, this research demonstrates the need to establish protocols for the control of urban interventions on any type of Historical Heritage evidence. From the archaeological excavation it is possible to confirm with a very high degree of probability that part of the ancient settlement still survives on the shaded side of the hill and can be extensively excavated becoming a first-rate heritage reference of high social value in the future. If future urban planning in the area follows the steps that are now being taken, we will have a relevant archaeological asset to learn about the end of the Iberian world with the arrival of Rome.

The ceramic record is a document of unquestionable value for archaeology when we try to approach the knowledge of protohistoric societies. This is specially highlighted in this paper by the exhumation of a modest but eloquent ceramic ensemble has allowed us to reread and contribute to the knowledge of the Santa Ana site. Hence, starting from this record and the variables provided by the study of its surrounding territory, we have been able to deep in the understanding of this Iberian settlement located at the head of the Vinalopó river and its connection with other nearby geographic units.

Key words. Iberian archaeology; landscape archaeology; visibility; Albacete; late iberian period; ceramic ensembles; Via Heraclea; Via Augusta.

Financiación:

Copyright: © Jesús Moratalla Jávega, Pedro Ramón Baraza y Gabriel Segura Herrero, 2024.

Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

1. PRESENTACIÓN

Una modesta intervención arqueológica en Caudete ha servido de acicate para retomar reflexiones pasadas sobre la organización y evolución del poblamiento ibérico en el valle de Caudete (Grau y Moratalla, 1998), un área geográfica de singular interés, al definir una bisagra de transición geomorfológica entre los sistemas béticos e ibéricos, una transformación que también parece darse en otras variables de tipo cultural, como las relaciones costa-interior/Meseta-Mediterráneo o la transición entre lo ibérico y lo celtibérico. De ahí el interés implícito de tratar también la red viaria antigua en esta subunidad comarcal, que en los últimos años ha conocido avances muy significativos, especialmente por la excavación en la comarca de varios tramos de ejes camineros.

Los materiales arqueológicos ahora recuperados del cerro de Santa Ana permiten conocer un poco más las características, al menos ceramológicas, de su repertorio material, ofreciendo un punto más en una cartografía regional que poco a poco se va completando y que en el caso del Alto Vinalopó era bastante escasa.

El cerro es una elevación urbana por la que, en su solana, se desparrama el caserío antiguo de Caudete, habiendo sido reconocido como yacimiento arqueológico al menos desde la década de los 80 del pasado siglo (Ponce y Simón, 1988: 164) y después prospectado, en su zona de umbría, por L. Pérez Amorós (1990), a la que debemos la primera datación precisa del asentamiento. Se le calcula una extensión aproximada 0,7 ha y, en principio, definiría un poblado ibérico tardío de cierta importancia (Fig. 1).

Entre los materiales cerámicos procedentes del mismo se cuentan (Pérez Amorós, 1990) varios vasos ibéricos pintados –*pithoi* y *kalathoi*–, algunos con motivos fitomorfos e incluso zoomorfos, además de platos, páteras y otros tipos comunes, de cocina o ánforas. Entre el material importado la autora cita la cerámica romana gris de cocina, un fragmento de ánfora Dressel 1C e incluso una pieza de *sigillata* itálica, datos que permitían situar la datación de este asentamiento, en un sentido laxo, entre los ss. II y I a. C.

Esta cronología ha sido sometida a confirmación con la excavación realizada[1], llevada a cabo delante de la fachada de la ermita de Santa Ana, lo que ha permitido corroborar la existencia del asentamiento[2] y confirmar en líneas generales la datación propuesta para los mismos.

2. EL MEDIO GEOGRÁFICO

El valle de Caudete define uno de los corredores intramontanos que, con dirección suroeste-noreste, caracterizan la morfológica del relieve subbético, teniendo por tanto una excelente comunicación natural hacia Montealegre del Castillo y hacia la Font de la Figuera.

Se trata de una fosa de subsidencia que queda delimitada por la vertiente septentrional por la sierra de La Oliva, o de Santa Bárbara (vértice geodésico a 1153 m s. n. m.) –divisoria a su vez de términos entre Almansa y Caudete y también entre el Sistema Ibérico y el Bético– y el Cerro del Rocín (883 m s. n. m.). En la vertiente meridional estos terrenos cuaternarios quedan bien encuadrados, por un lado, por las sierras del Cuchillo y de la Lácera (903 y 882 m s. n. m. respectivamente) y, por otro, por la sierra del Morrón (910 m s. n. m.), extendiéndose por medio un ancho corredor de 4-5 km de amplitud que se abre hacia Villena y el río Vinalopó, al que vierten las aguas de escorrentía del municipio caudetano, por lo que en sentido estricto queda dentro de la cuenca vertiente de este río. De esta forma, el área estudiada aparece como un amplio espacio llano con planta en T tumbada, lo que facilita las comunicaciones tanto en sentido norte-sur como este-oeste, dándole así una impronta trascendental a este territorio en el panorama de las vías de comunicación antiguas.

El cerro de Santa Ana, en concreto, es una modesta elevación (586 m s. n. m.) que se yergue apenas 30 m por encima del llano circundante (Fig. 2), suficiente en cualquier caso para obtener desde su cima una amplia visibilidad de su entorno y garantizar, al mismo tiempo, la inaccesibilidad al mismo de vehículos de ruedas, pues una pendiente media del 20 % lo impide por cualquiera de sus vertientes. El patrón de asentamiento responde a una sabia elección, eligiendo para ello un antecerro –en términos geográficos– que se «asoma» al llano por sus flancos septentrional y oriental.

Por sus costados occidental y meridional tiene una cuenca visual escasa, al toparse con un conjunto de lomas de mayor altura, como Las Peñicas, que forman parte de la alineación de la sierra del Cuchillo, quedando separadas de ésta por la rambla del Paraíso. Queda clara la vocación de control visual hacia el norte y el este, desprotegiendo los otros dos cuadrantes, sin duda porque se consideraría innecesario efectuar control alguno sobre ellos.

Más allá de su carácter geoestratégico, el asentamiento se eleva por encima de terrenos de calidad media-alta, muy bien dispuestos para las actividades agropecuarias y en los que, incluso, se ha propuesto una parcelación de época romana (Rosselló, 1980)[3].

1. El área excavada se reduce a la extensión de dos alcorques para arbolado y fue llevada a cabo por la consultora Arquealia (Trabajos de Patrimonio Cultural, S.L.), que también ha prospectado otras áreas del municipio, algunas lindantes a yacimientos ahora mencionados.

2. Dada la completa ocupación de toda su solana, obviamente los restos que se conserven deben dispersarse por su umbría, en los 7000 m^2 antes indicados, hoy ocupados por una densa pinada.

3. El análisis de este parcelario necesitaría de un estudio específico que ahora no abordaremos. No obstante, si quisiéramos hacer una apreciación sobre el llamado catastro «C», situado al norte del caserío de Caudete (Rosselló, 1980: fig. 2), el

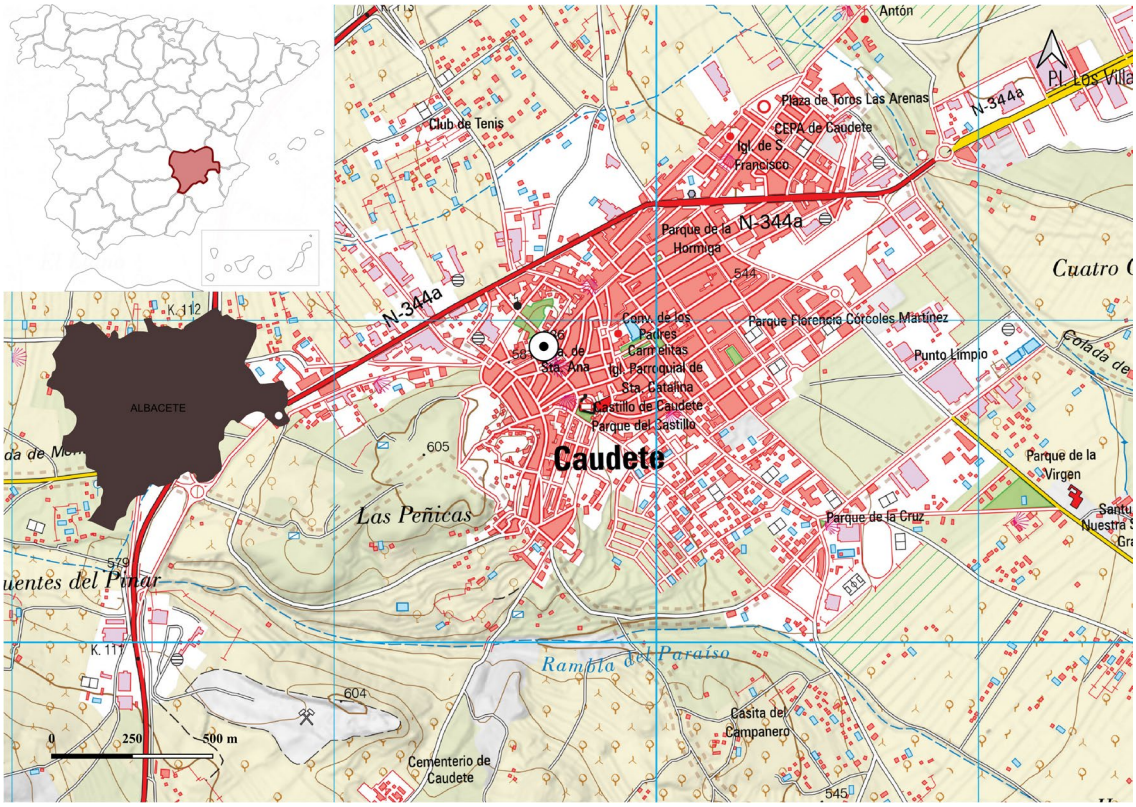

Figura 1: Situación de Santa Ana en el casco urbano de Caudete

Figura 2: Localización en la trama urbana de Caudete de la ermita de Santa Ana y vista cenital del área intervenida

Por debajo de la cota de 600 m s. n. m. se desarrollan, siguiendo la clasificación de E. Matarredona (1983: 60), suelos pardo calizos aluvio-coluviales, en la zona de contacto con los cerros; tienen un espesor superior a 35 cm, erosión y pendiente moderada y son algo pedregosos. Constituyen los suelos de tipo B, que en los fondos del corredor se intercalan ya con los de tipo A, unos suelos aluviales de formación cuaternaria, capacidad de uso elevada, sin riesgos de erosión, reducida pendiente, espesor superior a 50 cm y buena dotación de agua. Se localizan sobre todo en la porción más oriental del término de Caudete, predominando en ellos las parcelas cultivadas de hortalizas, frutales y viñedo; en los de Clase B domina la vid, aunque no faltan olivos, cereales, frutales y una destacada presencia de pastizales, lo que conlleva un especial papel de la ganadería.

cual tiene escasas posibilidades de ser romano. Primero, su trama apenas se ve más allá de un eje este-oeste y tres cortos tramos transversales, no del todo perpendiculares al primero. Segundo, las, demasiado escasas, centurias resultantes no mantienen una superficie uniforme. Y en tercer lugar, dicho eje recorre el llamado camino de La Encina, lo que denota su probable datación, pues se dirige hacia este núcleo ferroviario de mediados del s. XIX.

3. DINÁMICA DEL POBLAMIENTO IBÉRICO EN EL VALLE DE CAUDETE

El valle de Caudete, que podríamos inscribir en un círculo de 10 km de radio con centro en el actual casco urbano, muestra una estructura de poblamiento que parece girar en torno a dos elementos nucleares (Grau y Moratalla, 1998): Capuchinos y Santa Ana. El resto del hábitat de época ibérica gira en torno a ellos, por distintos motivos (tamaño, localización, materiales, secuencia…), y con ellos solos, además, se puede trazar un arco cronológico que, con sus matices, podría ir desde el s. VI a. C. hasta el cambio de era (Figs. 3 y 4). Además, se localizan en una subunidad geográfica con singularidad propia, lo que permite plantear un modelo de poblamiento coherente para unas tierras que, en última instancia, parecen bascular hacia el Alto Vinalopó. En este sentido, los principales *oppida* de la región quedan lejos: Meca, al norte, se localiza a más de 40 km en distancia real (Simón, 2002: 147-148), y siguiendo las manecillas del reloj, la Mola de Torró quedaría a 18 km (Soria y Díes, 1998: 433), Villena a 15 km (Grau y Moratalla, 1998: 83) y el castillo de Yecla a 17 km (Ruiz Molina, 1991-1992: 85; Ramos Martínez, 2018: 158).

Como quiera que no parecen coincidir en el tiempo, a falta obviamente de confirmarlo con excavaciones arqueológicas en extensión, hemos de concluir proponiendo que uno sucediera al otro, y en este proceso encontraríamos las pautas seguidas para distribuir el hábitat. El tamaño entre uno y otro parece bastante similar, en principio[4], y la distancia que les separa es mínima –2,5 km en línea de aire–, por lo que creemos que estamos ante una misma comunidad que va desplazándose por el territorio en un radio de acción de no más de 5 km, que supone su área de captación inmediata, el espacio físico que mejor conocen[5].

El origen de este colectivo, para época ibérica, debe estar, pues, en el conjunto de Capuchinos, donde se cuenta con distintos elementos arqueológicos que permiten proponer que allí se encuentra un asentamiento ibérico de notable importancia, a confirmar necesariamente por su excavación arqueológica. Son conocidos sus restos escultóricos de tipo zoomorfo (Chapa, 1985), a priori procedentes de su rica área funeraria (Pérez Amorós, 1990; Hernández y Pérez Amorós, 1994; Grau y Moratalla, 1998; Sanz y Blech, 2000; Almagro-Gorbea *et al.*, 2015), que se situaría inmediatamente al sur de una fuente manantial tradicional, la de Bogarra. A su vez y al norte de ésta (Pérez Amorós, 1990), se localiza un amplio llano con ligera pendiente donde se constata una frecuente aparición de material cerámico superficial –entre ellos cerámicas grises propias de contextos ibérico antiguos, cerámica ática o campaniense A, la cual alargaría su ocupación hasta el s. III a. C.–; suponemos que estamos ante la huella del asentamiento contemporáneo al conjunto escultórico.

La riqueza de éste[6], la variedad cerámica del registro superficial y su extensión –superior a 1 ha– aboga por su caracterización como *oppidum*, menor si se quiere. Extraña su patrón de asentamiento, prácticamente en llano[7], si bien por otro lado destaca su aparente perduración en el tiempo, o su cercanía al eje caminero que viene desde Montealegre del Castillo –a 1 km al sur–. Además, se percibe su carácter principal en la ordenación del territorio, pues se identifica con nitidez un modelo de poblamiento secundario en su entorno: una probable atalaya de vigilancia se yergue hasta casi 900 m de cota a poco más de 2 km al oeste-noroeste –el Puntal de los Anteojos, desde el que se visibiliza todo el territorio–, muy cerca del cual se localiza, ya en la sierra de la Oliva, una posible cueva-santuario –el Pasillo de los Anteojos– y, finalmente, un pequeño caserío debe situarse en las cercanías de la torre medieval de Bogarra, a unos 3,5 km al sudeste, en dirección Villena, para el que calculamos una extensión de 0,3-0,4 ha. Esta estructura territorial básica genera una malla sobre el espacio divisado en su conjunto en el que Capuchinos ocupa el lugar central, lo que supone una nueva variable a considerar en su caracterización como *oppidum*. Como tendremos ocasión de comprobar más adelante, este territorio no difiere en casi nada al definido para época tardoibérica.

En un momento determinado del desarrollo histórico de esta estructura social, que muestra claros rasgos de jerarquización con la presencia de la estatuaria potencialmente funeraria, quizás hacia la segunda mitad del s. II a. C.[8], esta comunidad se establece en el cerro de Santa Ana, rompiendo un patrón de asentamiento que mantenía desde hacía siglos, luego el motivo de dicho traslado tuvo que ser trascendente en sus vidas.

Con el cambio (Fig. 4) ganaban obviamente en facilidades para la defensa y el control visual –no hay más que comparar las cuencas de visibilidad de ambos yacimientos (Fig. 5), triplicada desde Santa Ana y orientada claramente hacia el corredor que desciende hacia

4. Sería posible concretar en el futuro su extensión a partir de trabajos de microprospección en ambos yacimientos.
5. El argumento podría extenderse hasta época medieval, pues el castillo de Caudete se sitúa a escasos 200 m al sudeste de Santa Ana, sobre una cota de altura de 560 m.
6. Considerando el reciente hallazgo de un fragmento de pilar-estela ibérico reutilizado en la fortificación de Caudete (Almagro-Gorbea *et al.*, 2015), que dista 2,4 km de Capuchinos, no es descartable que la conocida Dama de Caudete, hallada en un extraño contexto –una rambla– junto a la Casita del Tío Alberto, sufriera un periplo similar, habiéndose desplazado hasta 3 km desde su lugar original.
7. No es, no obstante, un caso único: buen ejemplo de este patrón lo ofrece, entre otros, el yacimiento de La Alcudia de Elche (Moratalla, 2005), que pasa por ser el principal centro urbano de las comarcas meridionales de la Contestania.
8. Téngase en cuenta que, sin estar excavado el yacimiento, muy poco es lo que podemos añadir al fin de Capuchinos, más allá de su posible cronología.

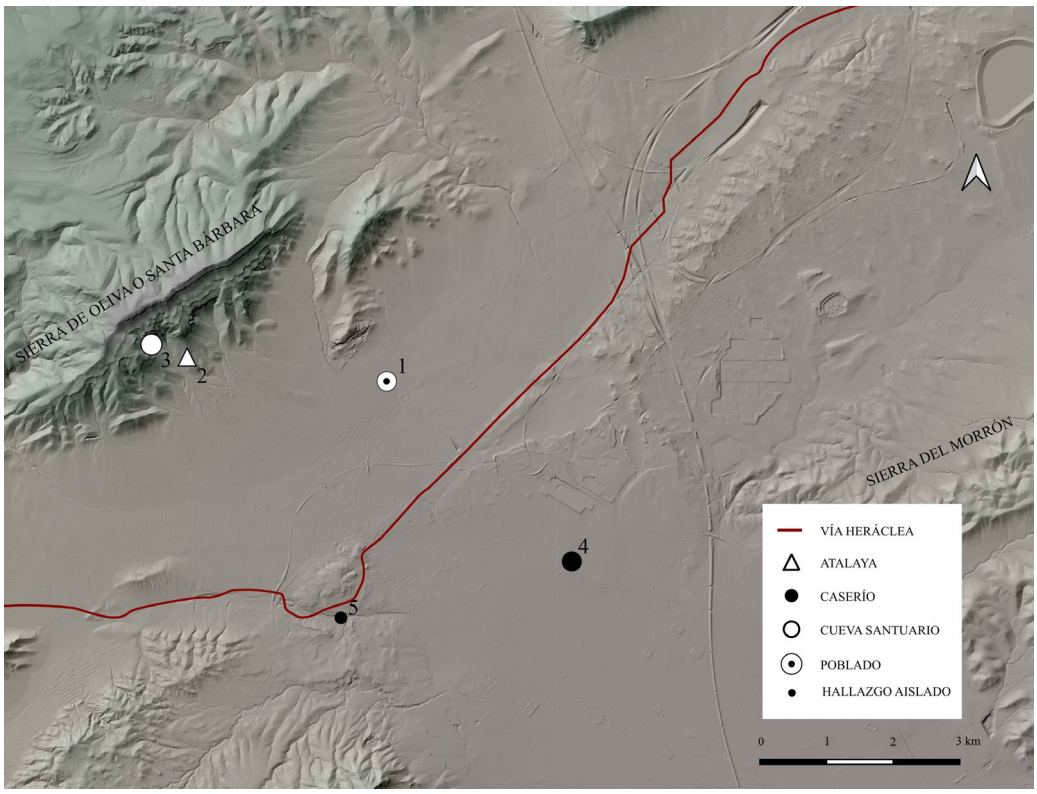

Figura 3: Poblamiento para el periodo ibérico pleno en el entorno de Caudete. 1: Capuchinos; 2: Puntal de los Anteojos; 3: Pasillo de los Anteojos; 4: Bogarra; 5: Casita del Tío Alberto

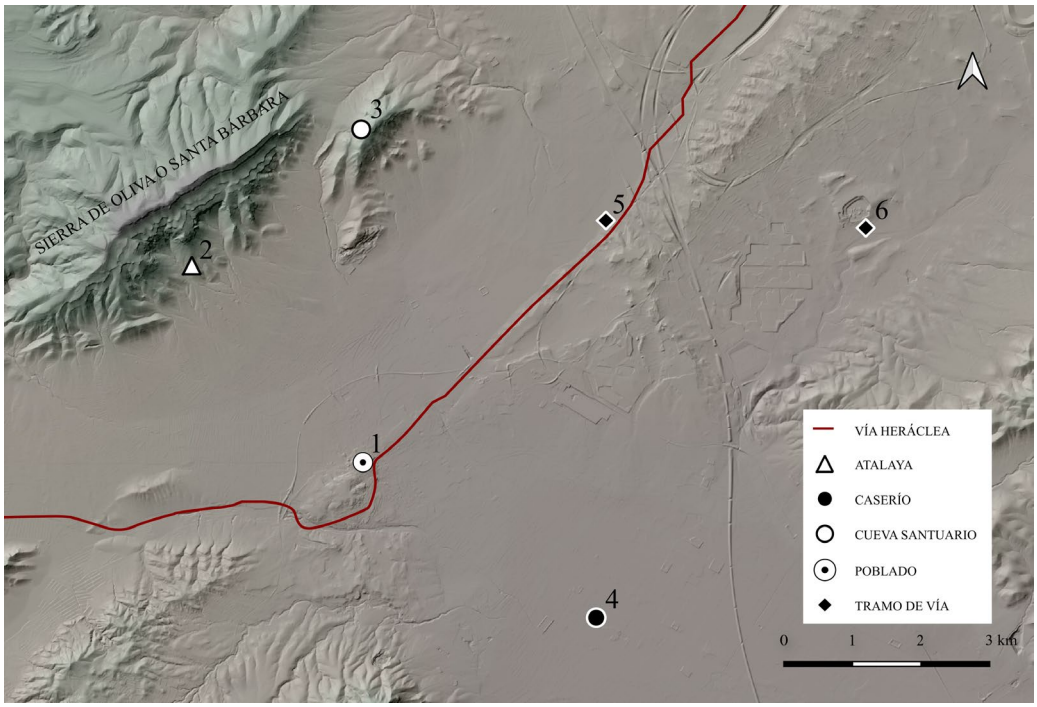

Figura 4: Poblamiento para el periodo ibérico tardío en el entorno de Caudete. 1: Santa Ana; 2: Puntal de los Anteojos; 3: Cueva Santa; 4: Santa Margarita; 5: Vía Heráclea (Caudete); 6: Vía Augusta (Cantalar)

Villena–, aunque perdieron en inmediatez a las fuentes de recursos naturales. Es muy tentador relacionar dicho episodio con el contexto histórico del momento, con el progresivo control del territorio hispano por parte de Roma o los propios litigios entre romanos, tan intensos en las tierras contestanas en época sertoriana (Sala y Moratalla, 2014). Ambos pudieron promover un cambio de patrón de localización entre las comunidades

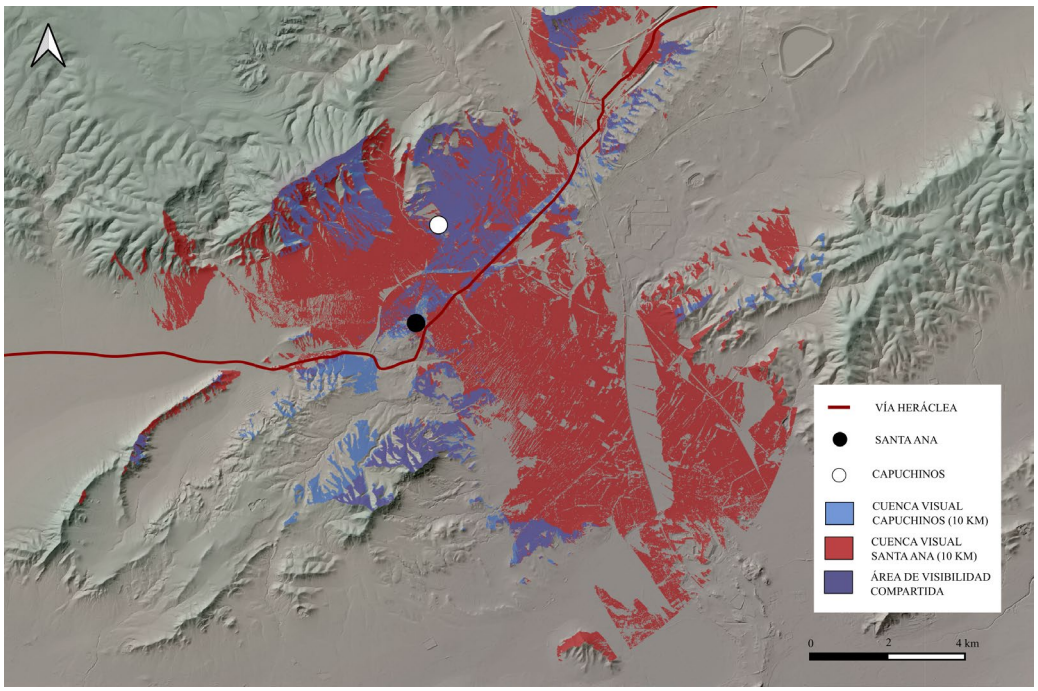

Figura 5: Cuenca de visibilidad comparada entre los yacimientos de Santa Ana y Capuchinos

locales, más aún si cerca discurría una de las principales vías de comunicación en época antigua.

El modelo de poblamiento se alteró, aunque en el fondo el área de captación inmediata apenas varió: era el mismo territorio sólo que visto a mayor altura, controlando mejor sus accesos naturales y fuentes de aprovisionamiento. Capuchinos se abandona, pero en Puntal de Anteojos parece mantenerse una mínima presencia habitacional –de allí procede un fragmento de pivote macizo de un ánfora romana del s. I a. C. (Fig. 6)–, luego podemos proponer que mantuvo su carácter de atalaya en época tardía. Del mismo modo, la sierra de la Oliva parece seguir manteniendo su atracción sacra, de ahí los hallazgos de la Cueva Santa. El traslado desde Capuchinos a Santa Ana, por otra parte, no supone apenas coste de desplazamiento, pues ya queda dicho que median poco más de 2 km entre ambos; sí se busca con el nuevo emplazamiento, sin duda, acogerse a la seguridad de un pequeño macizo montañoso –la elevación de Las Peñicas–, que le protege por su flanco suroccidental.

Finalmente, incluso el hábitat en llano parece copiar el patrón de época antigua-plena: a Bogarra, que no muestra evidencias superficiales propias de época ibérica tardía, le sustituiría el asentamiento de Santa Margarita[9], a 2 km al oeste del primero, y a su vez a 4 km al sudeste de Santa Ana. Ambos comparten el nicho ecológico del corredor de Villena, las tierras de mayor productividad que parece definir un ámbito de explotación agropecuaria permanente y de cierta intensidad, y ambos parecen mostrar del mismo modo un tamaño comparable, propio de un asentamiento rural en llano de dos-tres cuerpos de fábrica a lo sumo y alguna instalación auxiliar. En cualquier caso, y como queda subrayado, el espacio que dibujan los ámbitos extremos es bastante coincidente con el habitado en época antigua-plena, se mantienen sus líneas maestras, sin duda porque es el territorio que va siendo heredado desde siglos atrás, siendo un vínculo claro con una tradición cultural de largo alcance.

Figura 6: Fragmento de pivote de ánfora romana del Puntal de los Anteojos

4. EL CERRO DE SANTA ANA EN SU CONTEXTO HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICO

La intervención ahora realizada –dos sondeos que suman en total apenas 3 m² de superficie excavada–, ha venido a confirmar lo que otros investigadores ya habían propuesto antes en función del registro superficial: en Santa Ana se dispuso un destacado asentamiento en época ibérica tardía, anterior a la ordenación territorial que efectuarán los romanos por estas tierras desde

9. La cronología del s. I a. C. nos la proporciona, en principio, la cerámica gris romana hallada en el yacimiento, que acompaña un pequeño lote de cerámicas ibéricas, entre ellas un borde de *kalathos* (Pérez Amorós, 1990).

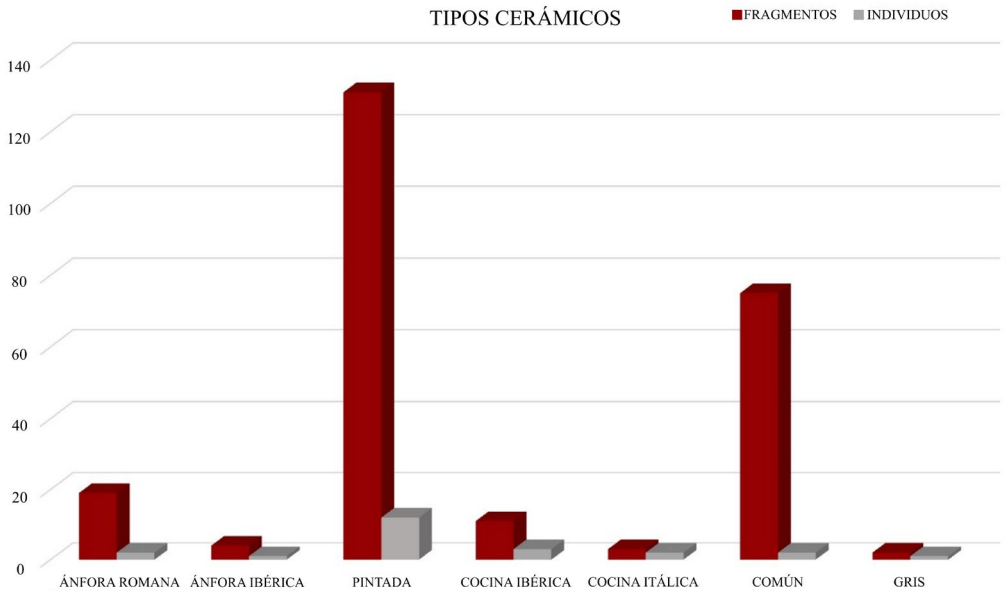

Figura 7: Gráfico del volumen de fragmentos e individuos presentes para cada uno de los tipos cerámicos documentados

época augustea, entre ellas la puesta en funcionamiento de la vía homónima. Un lugar que, a tenor de la ubicación de algunos restos constructivos superficiales, podría rondar 1 ha de extensión, por lo tanto, no era un núcleo menor y su presencia debía irradiar atracción sobre un territorio amplio. Ofrece, por otro lado, un repertorio vascular generoso y variado, lo cual le acerca al concepto de hábitat, a lo que también se acomoda bien la extensión de los restos.

En consecuencia, contamos con un asentamiento mínimamente estable que en un momento por precisar de los ss. II-I a. C. se estableció en el cerro, aparentemente sin ocupación previa. Un cerro desde el que se controla visualmente, a pesar de su modesta talla, un territorio vasto, en especial hacia los cuadrantes nororiental y sur-suroriental, esto es, hacia la Font de la Figuera y Villena respectivamente, terrenos llanos y bien dotados para la agricultura. Añádase a ello que el lugar es punto de paso de una antigua vía caminera, la hoy denominada vereda o camino de Montealegre a Caudete, que comunicaba en sentido amplio la costa valenciana con el interior peninsular. Esta circunstancia, sin lugar a dudas y aunque sólo sea porque se sitúa a apenas 150 m del camino, debió estar en la base de la decisión para ubicar la fundación en el lugar en el que se emplazó. Obviamente, este episodio supone un hito de la historia de las comunidades locales de estas tierras, y en su explicación podemos entender la vertebración del territorio, o al menos de parte de él, a lo largo de toda la cultura ibérica.

La excavación ahora realizada, emplazada en el punto más elevado del cerro, ha localizado un probable estrato de destrucción, no removido, que sella una ocupación de época ibérica situada directamente sobre el estrato natural. A pesar de la escasa superficie excavada, en el mismo aparece un interesante repertorio de material cerámico, variado en sus formas y en buen estado de conservación. El conjunto define un horizonte propio del mundo ibérico contestano, con sus características decoraciones pintadas en óxido de hierro, junto a algunas producciones importadas, que nos permiten establecer una caracterización cronológica algo más precisa.

El volumen total se compone de 268 fragmentos cerámicos, para 18 individuos o NMI, una cifra muy alta para el terreno excavado. El tipo más numeroso son las producciones pintadas locales, con nueve individuos identificados (50 %), seguido por las cerámicas comunes –dos individuos (11 %)–, ánforas locales –un individuo (5,5 %)–, cerámica de cocina –cinco individuos (28 %)– y cerámica gris, con un único individuo (Fig. 7). Entre las producciones no locales –que suponen el 14 % del total de individuos– contamos, como veremos, con piezas procedentes de la península Itálica, concretamente un mortero, una tapadera y el asa de una posible ánfora Lamb. 2, además de varios informes de contenedores de pasta campana.

Dichos porcentajes son bastante similares a los alcanzados por L. Pérez Amorós en su memoria de licenciatura (Pérez Amorós, 1990), donde recoge el estudio de 97 fragmentos cerámicos recogidos en superficie, de los que el 57 % son fragmentos pintados, un 23 % comunes, un 15 % de cerámica probablemente romana[10] y apenas un 3 % de envases anfóricos.

10. Por las descripciones de las pastas podría ser cerámica gris de cocina romana, aunque también hay otros fragmentos de pasta roja con gruesos desgrasantes que tal vez correspondan a formas de cocina ibérica.

Concretando el ajuar documentado, en cerámica pintada se identifican como recipientes para el servicio de mesa un total de siete platos de diversas morfologías. Dos de ellos destacan por su buen estado de conservación (Fig. 8: 1 y 5). El primero es una pátera de borde reentrante de la forma A.III.8.2.1 de Bonet y Mata, de 28 cm de diámetro y decorada con bandas y líneas horizontales, de la que podemos encontrar paralelos formales en diversos yacimientos edetanos del s. III a. C. (Bonet y Mata, 1992: 154), pero también en los niveles de fundación de *Valentia* (Ribera, 1995: 192). Igualmente se documentan en diversos asentamientos contestanos como La Serreta (Aranegui, 1970: fig. 2), l'Alcavonet (Grau, 1998-1999: 78), Cabeçó de Mariola (Grau y Segura, 2021: 190) o La Alcudia (Sala, 1992: 105)[11]. Otros fragmentos (Fig. 8: 2-3), a pesar de su elevado estado de fragmentación, probablemente también formarían parte de páteras similares.

La segunda de las piezas define un pequeño plato o *phiale* de 12 cm de diámetro y perfil con forma de casquete esférico, con el borde sin diferenciar y el pie apuntado; su superficie interna está decorada por una cenefa de flores reticuladas y roleos en espiral unidos por finos tallos que se desarrolla en torno a varios círculos concéntricos, en cuyo centro se ubica una roseta central de marcado esquematismo. Para esta forma encontramos paralelos en La Serreta (Grau, 1995: 91; Fuentes, 2006: 38), Xarpolar (Grau y Amorós, 2014: 245), La Alcudia (Tortosa, 2004: 152), La Escuera (Nordström, 1967: 26) o el Tossal de Sant Miquel de Llíria (Bonet, 1995: 172), con la salvedad de que el ejemplar que aquí exponemos no presenta ónfalo en la zona central del fondo interno, que supone un elemento característico de este tipo de piezas también denominadas *paterae umbilicatae*. Esta forma ha sido interpretada por algunos autores como una imitación de cerámica de barniz negro de la forma 63 de Lamboglia o de la serie 2171-2177 de Morel, lo que permitiría inferir una datación para estas piezas a partir de finales del s. III-s. II a. C. (Tortosa, 2004: 154).

Si atendemos de forma concreta a la ornamentación de la pieza, parece más que evidente que nos encontramos ante una decoración de tipo fitomorfo, cuya presencia se constata en contextos ibéricos desde el s. III a. C. (Nordström, 1973: 208). El motivo resulta similar a la cenefa vegetal que presenta el ejemplar de La Serreta, en el que se desarrolla un mismo esquema decorativo; sin embargo, la tipología de los elementos vegetales dista de los que encontramos en la pieza de Santa Ana. Así, además de otros elementos pintados (Fig. 8: 12 y 14), estos motivos compuestos por flores reticuladas, roleos en espiral y tallos, que también constatamos sobre la superficie externa de otro fragmento (Fig. 8: 13), parecen ser propios del estilo Ilicitano I, para el que T. Tortosa propone una datación en torno a finales del s. II a. C. e inicios del s. I a. C., o más concretamente en la primera mitad de esta última centuria (Tortosa, 2006: 99-100).

Este horizonte estilístico lo encontramos en varios yacimientos que jalonan la vías interiores del sudeste peninsular, como Cabeçó de Mariola (Grau y Segura, 2021: 158), El Monastil (Poveda y Uroz, 2007: 133), La Alcudia (Tortosa, 2004: 179-196), Libisosa (Uroz, 2022: 94-97) o Cerro Lucena (Enguera) (Pérez Blasco, 2022: 294-298). Bien es cierto que, con respecto a los ejemplares del yacimiento ilicitano, las piezas de El Monastil o Santa Ana presentan una factura distinta, con acabados menos cuidadosos en sus representaciones y diseño, las siluetas algo peor perfiladas y con tintas menos densas, por lo que probablemente proceden de talleres ajenos a La Alcudia, al que no obstante parecen imitar. El estilo de los elementos empleados presenta un código propio, que se distancia de las pautas de las decoraciones de la zona de Edeta, aunque no tanto de las del entorno de La Serreta. Ello podría indicar (Pérez Blasco, 2014: 879) una mayor comunión de intereses artísticos y una preeminencia de los contactos culturales y comerciales de este yacimiento con las tierras caudetanas ya desde el s. III a. C.

Dentro del conjunto de platos contamos con un fragmento de borde recto decorado con líneas horizontales (Fig. 8: 4) que, según lo que permite la proyección de su pared, podría imitar la forma 5 de Lamboglia o 2257 de Morel, adscrita a una cronología del s. I a. C. Finalmente, contamos dos fragmentos de base con pie anular (Fig. 8: 6 y 8), el primero decorado con círculos concéntricos en el solero, mientras que sobre la superficie externa del segundo hay una decoración a base de puntos o manchas de color. Ambos presentan perfiles similares a los ejemplares de la forma A.III.8.3.1 de Bonet y Mata, de amplia cronología de acuerdo con estas autoras.

También se documentan otras formas, como un *kalathos*, un *lebes*, una tapadera y un singular fragmento de cuello. El primero de ellos (Fig. 8: 9) define un ejemplar de la tipología A.II.7.1 de Bonet y Mata, con un diámetro de boca de 18 cm y una altura aproximada de 17 cm. Presenta un cuerpo cilíndrico con tendencia a la concavidad, rematado con un borde vuelto de labio moldurado. Está decorado por dos frisos en los que se alternan motivos de zigzag y tejadillos enmarcados por líneas y bandas horizontales. Este esquema resulta común desde el s. III a. C. tanto en la Edetania como en la Contestania; así, identificamos paralelos similares en el Tossal de Sant Miquel (Bonet, 1995: 220), La Serreta (Grau, 1995: 88), l'Alcavonet (Grau, 1998-1999: 80), Xarpolar (Grau y Amorós, 2014: 245), el Tossal de Manises (Llobregat, 1972: 194), la necrópolis de La Albufereta (Verdú, 2014: 820) o El Amarejo (Broncano y Blánquez, 1985: 124).

11. Concretamente en el conocido depósito de la «tienda del alfarero», un conjunto controvertido pues la tesis doctoral de A. Ronda (Ronda, 2016: 572-573, nota 19) demostró que el «bodegón» se formó con piezas de diferentes procedencias en el yacimiento, lo que invalida su carácter de depósito cerrado.

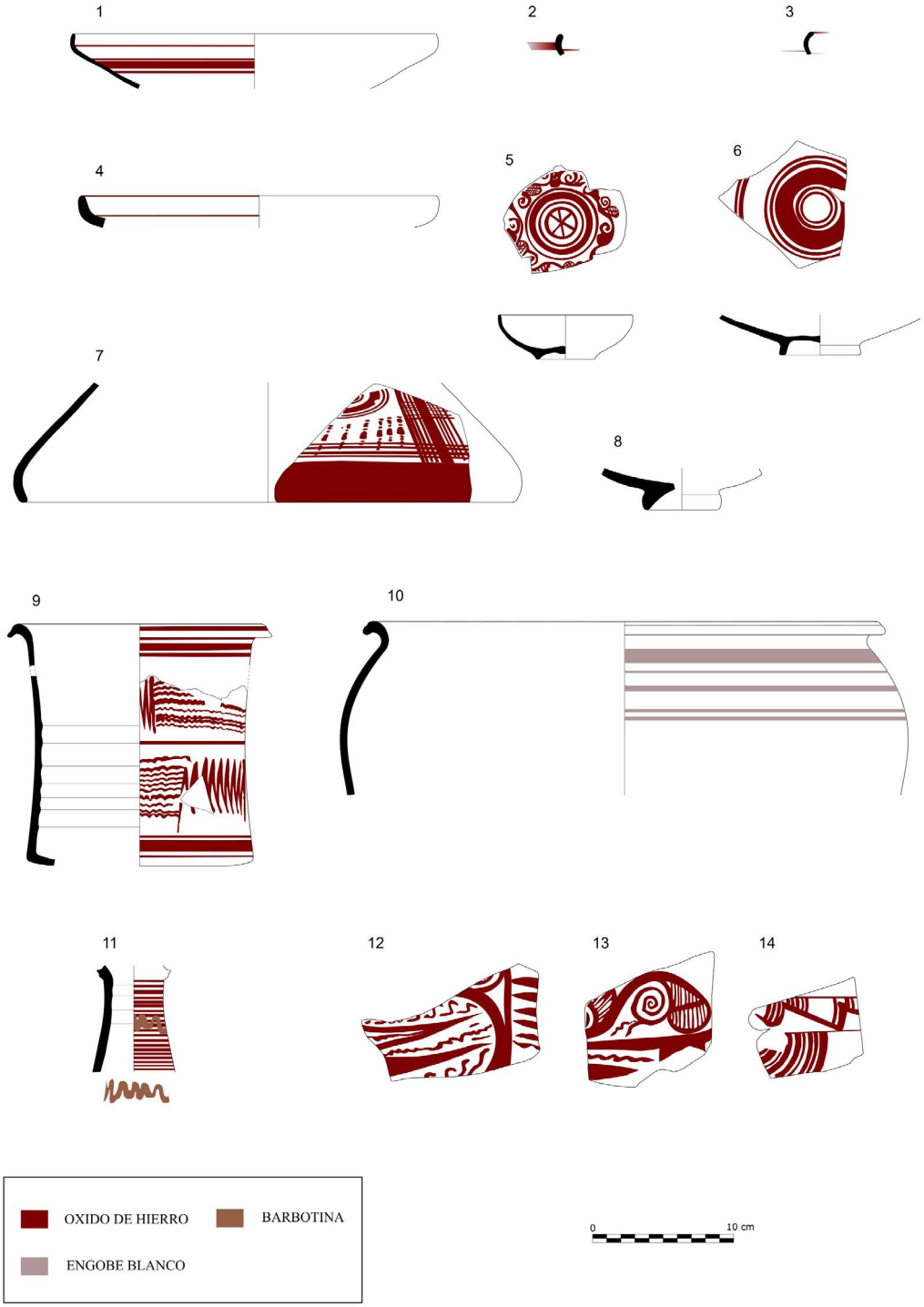

Figura 8: Cerámica pintada hallada en la excavación de Santa Ana

El fragmento de tapadera (Fig. 8: 7) se corresponde con la tipología A.V.1.1 de Bonet y Mata y su superficie externa presenta bandas y líneas horizontales y verticales que se cruzan generando retículas en algunos puntos, donde se acompañan de motivos soliformes y manchas. Un claro paralelo para esta pieza lo tenemos en el Tossal de Sant Miquel (Bonet y Mata, 1992: 163).

Los dos ejemplares restantes, para los que no tenemos paralelos precisos, llaman la atención por sus técnicas decorativas. El *lebes* (Fig. 8: 10) define una forma similar al tipo A.II.6.1.1 de Bonet y Mata, aunque no podemos aportar datos sobre su base. En su superficie se observan varias lañas, luego el vaso estuvo en uso durante un periodo de tiempo prolongado, habiendo sido reparado. La decoración se realiza con un pigmento de coloración blanquecina que se distribuye por la superficie externa mediante líneas y bandas horizontales.

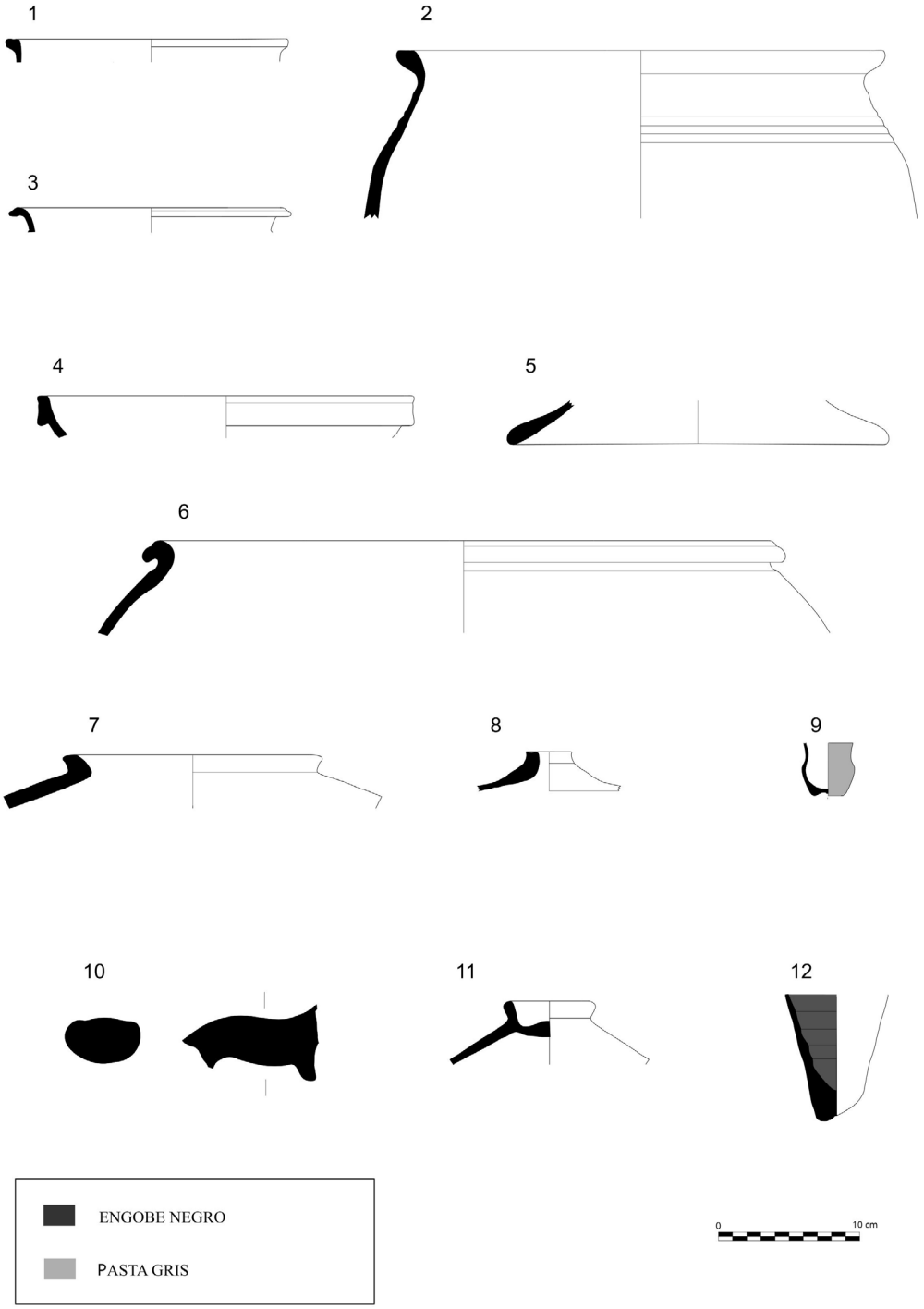

Figura 9: Otros tipos cerámicos: Cocina local (1-3), Cocina importada (4-5), Común local (6, 8 y 11), Ánfora local (7), Gris (9), Ánfora importada (10) y Común importada (12)

Por lo que se refiere al fragmento cilíndrico (Fig. 8: 11), está pintado con líneas horizontales en rojo sobre las que se dibuja con una tenue barbotina una onda de tono más claro. Hemos intentado apurar su identificación, habida cuenta que en el repertorio ibérico no son comunes piezas con un diámetro tan pequeño. Nos hemos planteado que fuera un *lágynos*, pero la falta de asa lo descartaría y, hoy por hoy, sólo vemos similares algunas formas muy singulares, como los portalucernas, varios de los cuales han sido hallados en el Cabezo de Alcalá de Azaila (Cabré, 1944: 86-89; Beltrán, 1967: 239-241; Pellicer, 1969: 74).

Respecto a las cerámicas de cocina identificamos tres ollas, un mortero y una tapadera, tanto de adscripción ibérica como romana. Entre el repertorio local se cuentan tres ollas de 20, 20 y 38 cm de diámetro de

boca respectivamente (Fig. 9: 1-3). Presentan pastas de coloración rojiza al interior con gruesos desgrasantes de origen calizo y superficies de coloración negruzca. De los dos primeros ejemplares solo conservamos los bordes, uno moldurado y otro engrosado, mientras que del tercer ejemplar conservamos un mayor desarrollo de la pared, en la que se conserva un hombro ligeramente indicado sobre el que se desarrollan varias estrías paralelas dispuestas en horizontal. Es asimilable a la forma I.B.1.1 de Bonet y Mata y llama la atención por su volumen y, por ende, su elevada capacidad de almacenaje, comparable con una pieza procedente de El Puntal dels Llops que presenta unas dimensiones similares y para la que se calcula un volumen de 10,5 l (Marimón, 2010: 275). En líneas generales son formas que podemos encontrar en otros enclaves, dado su alto nivel de estandarización, como El Amarejo (Broncano, 1989: 145), el pozo votivo de La Almoina de Valencia (Ribera, 2017: 51) o el Castellet de Bernabé (Marimón, 2010: 275).

En cuanto a las importaciones, destaca el fragmento de mortero de pasta campana (Fig. 9: 4), con los característicos granos negros o clinopiroxenos, de la forma COM-IT 8f o Emporiae 36.2 (Py, 1993; Aguarod, 1991: 215-217), con paralelos en el Tossal de la Cala (Bayo, 2010: 114), La Alcudia (Sala, 1992: 83), el pozo votivo de La Almoina (Ribera, 2017: 51), la casa 8000 del Cabeçó de Mariola (Grau y Segura, 2021: 156) o en Libisosa (Uroz, 2022: 146). Esta producción está datada en torno a mediados del s. II a. C. y el s. I a. C. (Aguarod, 1991: 123-124), si bien parece más frecuente en yacimientos de cronología tardorrepublicana o altoimperial (Huguet, 2013: 313). Con la misma procedencia, identificada por el tipo de pasta, contamos con un borde de tapadera (Fig. 9: 5), de perfil muy similar al de la forma 6 Celsa 79.106 (Aguarod, 1991: 214). Esta forma inicia su producción a comienzos del s. II a. C., llegando a ser detectada en niveles de cronología augustea (Aguarod, 1991: 119).

Por lo que se refiere a los contenedores anfóricos, hay un único fragmento de borde de ánfora ibérica (Fig. 9: 7), al que se sumaría un fragmento de asa posiblemente de un envase del tipo Lamboglia 2 (Fig. 9: 10); el resto de registros se componen de fragmentos informes que, en algunos casos y dada la naturaleza de sus pastas, podemos identificar como propios de recipientes de origen itálico.

Dentro del grupo de las cerámicas comunes contamos con dos individuos (Fig. 9: 6 y 12), el primero un fragmento de *lebes* tipo A.II.6.2.7 de Bonet y Mata, con la superficie externa bruñida, borde vuelto al exterior y labio moldurado. El segundo es un fragmento de ungüentario, que conserva parte del cuerpo en su unión con el inicio del desarrollo del pie; su superficie interna está cubierta por una película impermeabilizante de coloración negruzca que impediría que las sustancias ubicadas en el interior se filtrasen por las paredes del recipiente. Definiría un ungüentario de tipo fusiforme cercano a la tipología 63 de Vegas, la A.IV.2.2 de Bonet y Mata o el Grupo B de Cuadrado, para el que este último propone una cronología entre los ss. III a. C. y I a. C. Además se cuenta con el pomo de una tapadera y un pie anular (Fig. 9: 8 y 11).

Figura 10: Machacador/pulidor de Santa Ana

Por último, dentro de las cerámicas grises nos encontramos con una pieza un tanto singular debido a su reducido tamaño. Se trata de un pequeño caliciforme que conservamos en su totalidad a excepción del borde (Fig. 9: 9). Presenta un diámetro de base de 2,5 cm y una altura conservada de 4,5 cm, que, salvando las distancias, podría encontrar acomodo dentro del grupo A. IV.5.3 de Bonet y Mata, dedicado a las miniaturas, de las que existen paralelos en La Bastida de les Alcusses (Aranegui, 1975: 365). No es descartable que dicho tamaño encierre la naturaleza de su función, quizás un medidor para productos líquidos.

Al margen de la cerámica, se ha hallado un clavo de hierro y una interesante pieza realizada sobre cuarcita blanquecina (Fig. 10). Ésta presenta morfología circular y sección elíptica con unas dimensiones de 9 cm de ancho y 5 cm de grosor, mostrando claras marcas de desgaste tanto en la parte central de ambas caras, muy aplanadas, como por toda la banda que rodea el perímetro de la pieza, incluyendo alguna incisión propia de un corte. Una pieza muy similar, publicada en la Red Digital de Colecciones de Museos de España[12] y clasificada como molino de mano, se halló en el horizonte ibérico del Cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén) (Ruiz *et al.*, 1983), aunque otros investigadores la consideran un pulidor (Adroher y Molina, 2014: 218). En el caso que nos ocupa, dadas sus características morfológicas, el desgaste y el tipo de marcas de uso que presenta, podría ser empleada tanto para machacar materias primas como para asentar filos de útiles metálicos.

En resumen, estamos ante un repertorio material característico de los contextos ibéricos de fase tardía (ss. III-I a. C.), con producciones propias de la tradición alfarera ibérica, a las que se suman algunos tipos de decoraciones de claro aire contestano. Junto a éstas debemos destacar la presencia de materiales importados procedentes de la península Itálica de zonas como la Campania, como el mortero y la tapadera, que en este caso aportan un factor cronológico añadido puesto que

12. ceres.mcu.es: n.º Inventario 4842.

su presencia en tierras del sudeste peninsular se sitúa a partir del s. II a. C.

Por lo que se refiere al carácter funcional del conjunto no podemos establecer grandes precisiones, dada la extensión excavada y la ausencia de estructuras arquitectónicas. No obstante, el lote podría compadecerse bien con el repertorio vascular propio de un ámbito doméstico, con vajilla para el servicio de mesa, tanto de líquidos como de sólidos, recipientes para cocinar y procesar alimentos, así como grandes recipientes de almacenaje propios de la cotidianeidad de un ámbito residencial. Otras piezas aportan una cierta singularidad, como el pequeño caliciforme gris, el *lebes* con decoración en blanco o el posible portalucernas decorado con barbotina.

5. LAS COMUNICACIONES ANTIGUAS EN EL VALLE DE CAUDETE

A esta estructura del paisaje humano que refleja Santa Ana le faltaría el –o los–, eje de comunicaciones que la vertebrara. Como ya hemos referido, el asentamiento se alza prácticamente al borde de un eje caminero que cruza todo el municipio de oeste a este siguiendo la subsidencia natural del terreno, el Camino de Montealegre del Castillo a Caudete, que a su vez se prolonga hacia la Font de la Figuera, y obviamente esta circunstancia estratégica no es azarosa

El vial se sigue bien en cualquier cartografía en todo su trayecto a lo largo de los 16 km que tiene el municipio de anchura (Fig. 11), y más allá del mismo: por el oeste llega desde Montealegre del Castillo a través del municipio de Yecla y, hacia el este, el trayecto enfila la Font de la Figuera por La Encina, pedanía de Villena que marca un nudo de comunicaciones por antonomasia en la región. La revisión de la cartografía permite asegurar su antigüedad por varias razones: se trata de un eje rectilíneo que aprovecha la suave pendiente del terreno oeste-este –justo del 1 %– para discurrir por la hondonada central del valle, transcurriendo su recorrido sin cortar jamás parcela o camino anterior alguno, todo lo contrario, las líneas de los innumerables caminos secundarios que desde él surgen hacia el caserío tradicional y la adaptación de muchos de los abancalamientos aledaños a su trayectoria son argumentos para defender su centenaria existencia.

Por fortuna, contamos con una intervención arqueológica, sin duda pionera en su momento (Ponce y Simón, 1988), realizada en una parte de su trazado, concretamente a la altura de la divisoria de términos con Villena, unos 300 m antes de alcanzar dicha línea y a 5 km al nordeste del cerro de Santa Ana. En dicha actuación se constató un firme por encima del terreno natural que, sin entrar en todos los pormenores técnicos, recordaba los habituales en las vías romanas (Arasa y Rosselló, 1995): capas sucesivas en horizontal bien diferenciadas de bloques, cantos, tierra, guijarros…, hasta una superficie superior de piedra menuda bien nivelada que suponía la capa de rodadura, en la que se marcaban incluso las carriladas de los carros (Ponce y Simón, 1988: fotografías 5 y 6). Por entonces sus autores ya propusieron la fábrica romana de esta obra de ingeniería, propuesta que años después han ido confirmando el hallazgo y excavación en áreas cercanas de otros tramos de similar factura y claro origen romano (Arasa y Pérez Jordà, 2005; García Borja *et al*., 2012; Sánchez Priego *et al*., 2017). Es especialmente significativo el tramo estudiado por F. Arasa y G. Pérez Jordà (Fig. 12), tanto por la fábrica que muestra –para un vial que cuenta con unos 5,8 m luz–, como por la cercanía al de Caudete: se sitúa a unos 3 km al sur de éste, prácticamente en paralelo y a menor latitud.

Este conjunto de datos confirma que los restos de una importante vía caminera transcurrió por estos parajes en época romana, por lo que resulta ineludible acudir al pasaje de Estrabón (III, 4, 9), que recuerda la existencia de una vía antigua por estas tierras, luego reformada y ampliada con la construcción de un nuevo trazado en dirección Cartagena, la Vía Augusta propiamente dicha, que, de acuerdo con la opinión de P. Sillières, debía estar construida, al menos en parte, desde el año 8 a. C. (Sillières, 1977: 36).

Es oportuno citar el trabajo de P. Sillières pues en su momento sintetizó y analizó cada tramo al detalle de lo que propuso llamar como Camino de Aníbal, el eje caminero previo a la citada reforma augustea que, sin duda, discurría por el municipio de Caudete. Su estudio, y otros sucesivos (Sillières, 1990), se engloba en un planteamiento más amplio que analiza no sólo el trayecto del camino sino también la reducción de los topónimos que aparecen en los itinerarios romanos oficiales, en especial los vasos de Vicarello y el Itinerario Antonino. En función de estos últimos, la localización del yacimiento de Santa Ana[13] quedaría en el tramo entre *Ad Palem* (muy probablemente el Cerro de los Santos, a 25 km de distancia) y *Ad Turres* o *Ad Aras*, según la fuente, estaciones respectivamente localizadas en la Font de la Figuera y la Casa de l'Àngel. Sorprende, no obstante, lo apuntado por este autor para las tierras de Caudete.

Si consideramos el tramo caminero anterior, el que va desde *Saltigi* (Chinchilla) hasta *Ad Palem*, dos topónimos que pueden situarse en un plano con bastante certidumbre, es admirable comprobar cómo la distancia marcada por los Vasos de Vicarello –XXXII millas romanas– coincide con la distancia real de la red viaria indicada por P. Sillières para el recorrido de este tramo: 47,4 km indicarían los Vasos frente a los 48,1 km

13. Sin mediar excavación, es imposible precisar si el asentamiento estaba ocupado cuando la vía fue jalonada. Creemos que sí lo estaba, o había sido abandonado muy poco tiempo antes, por lo que nos parece oportuna esta aproximación sobre la posición del yacimiento respecto a la antigua vía caminera.

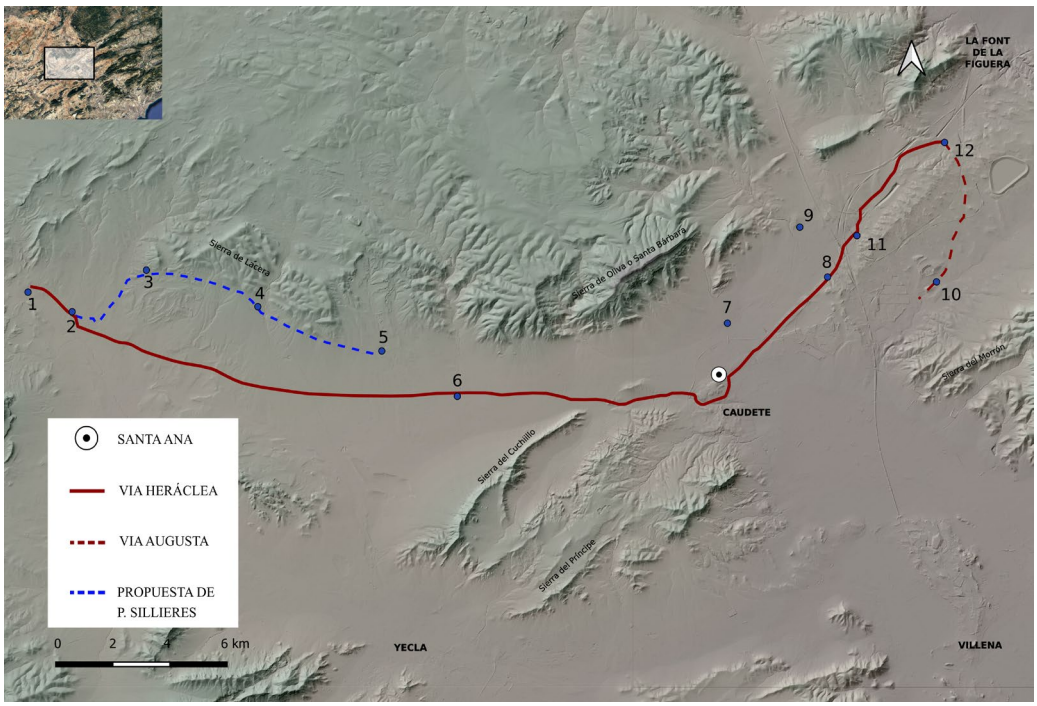

Figura 11: Trazado de la Vía Heráclea[14] y la Vía Augusta a su paso por el área de estudio. 1: Cerro de los Santos; 2: Casas de Almansa; 3: Casa de Marisparza; 4: Tobarrilla Baja; 5: Fuente del Pinar; 6: Casa de los Aljibes; 7: El Palacio; 8: Vía Romana Caudete; 9: La Encina; 10: Vía Romana Cantalar; 11: Casa Nariga; 12: Casa de l'Angel

calculados con cartografía a escala[15], apenas una desviación del 1,5 %. Por el contrario, en el siguiente tramo el trazado propuesto no resulta tan atinado.

Desde el Cerro de los Santos el camino sigue su marcada trazada hasta las cercanas Casas de Almansa, en término de Yecla, y aquí –donde se reconocieron en su día algunas carriladas sobre roca– P. Sillières propone un giro para continuar la vía, giro que, como ya apuntaran tanto F. Brotons y S. Ramallo (1989) como J. Blánquez (1990: 71), resulta por completo injustificado, sorprendiendo que no continúe el camino natural hacia Caudete, en dirección sur-sureste. Así, según Sillières la vía antigua realizaría un doble giro, primero hacia el norte y luego hacia el este, para alcanzar la Casa de Marisparza; desde aquí iría hasta el Caserío de Tobarrillas Baja y seguiría a la Casa de la Fuente del Pinar, ya en el límite con el municipio caudetano. A partir de este último punto, P. Sillières no vuelve a referir indicación alguna hasta 12 km más adelante, cuando señala que la ruta iría a 1 km al norte de la Casa del Palacio, en dirección hacia La Encina[16]. Del vacío existente y de la mención a la Fuente del Pinar deducimos que la vía trazaría grosso modo una línea recta desde aquí hasta la conocida edificación de Caudete,

Figura 12: Vía romana documentada en el paraje de El Cantalar (Villena) (Arasa y Pérez Jordà, 2005: fig. 8)

14. Tanto este adjetivo como el nombre que le otorga P. Sillières –Camino de Aníbal– son topónimos contemporáneos, sin que existan argumentos sólidos para afirmar que dicha vía recibía alguna de estas dos denominaciones en la antigüedad.
15. Hoy es fácil acudir a distintas fuentes cartográficas en formato digital en red; en concreto, la del Instituto Geográfico Nacional permite consultar series antiguas donde resulta más sencillo reconocer los ejes camineros tradicionales y medirlos.
16. Su trabajo de 1990 no aclara sino todo lo contrario el trayecto de este tramo. Por un lado, reconoce que la ruta iría por la Casa de los Aljibes (Sillières, 1990: 233, nota 21), con lo que explícitamente admite que la vía transcurre por el Camino de Montealegre a Caudete, pero, al mismo tiempo, mantiene que seguiría al norte de la Casa del Palacio, lugar donde le dicen que existían rodadas antiguas (Sillières, 1990: 267).

que queda apenas a 600 m al oeste del yacimiento arqueológico de Capuchinos[17].

El trayecto propuesto resulta bastante improbable por distintos motivos. Primero, el giro en sí mismo indicado en las casas de Almansa, que resulta muy forzado y poco habitual en rutas romanas de largo recorrido que no encuentran obstáculos físicos a su avance. Segundo, la ruta por Marisparza, que supone subir en cota el camino hasta alcanzar las primeras estribaciones montañosas, con las dificultades añadidas que de ello se deriva para mantener siempre un plano horizontal de rodadura. En tercer lugar por la propia ruta, que se sigue bien hasta Tobarrilla Baja, se desvanece bastante más hasta la Fuente del Pinar y realmente es inexistente a partir de aquí, ya en término de Caudete, apareciendo por el contrario una carretera construida hacia 1952[18] o siendo directamente imperceptible a la altura de la Casa del Palacio. Todo ello nos lleva a considerar el carácter muy secundario de este tramo caminero, en concreto el de su primera mitad, y en este sentido no hay más que comparar su trazado, débil y por terreno boscoso, con el recorrido del Camino de Montealegre a Caudete: muy marcado en el paisaje, modelando el plano parcelario anexo y siendo origen de un sinfín de ejes perpendiculares que desde esta ruta principal conecta con un hábitat rural bastante intenso. Como ya hicieron notar otros autores (Brotons y Ramallo, 1989), éste es el camino más antiguo y al que hemos de identificar como soporte de una vía cuya antigüedad está por determinar, pero que como mínimo podríamos situar grosso modo a mediados del primer milenio a. C., tal y como por otro lado también apunta el propio P. Sillières.

Sospechamos que la ruta alternativa fue definida por la existencia de restos romanos en Marisparza, pero ello no obligaría a que la vía pasara junto a la hipotética construcción; de hecho, es muy habitual la existencia de ramales secundarios que enlazan camino y hábitat. En consecuencia, apostamos por concretar sobre el terreno el trazado de esta antigua vía romana en el camino de Montealegre a Caudete, y a partir de ahí resulta todo un acicate volver a situar el asentamiento de Santa Ana en esta ruta.

De acuerdo con los vasos de Vicarello, tras la posta de *Ad Palem* se situaría bien la de *Ad Turres*, bien la de *Ad Aras*. Siguiendo a P. Sillières, los dos vasos que reflejan el trayecto *Ad Palem-Ad Turres* serían los más antiguos, de principios de época augustea, mientras que los otros dos, que intercalan *Ad Aras* antes de *Ad Turres* –mediando entre ambas tan sólo III millas–, serían más modernos y reflejarían con la posta de *Ad Aras* el cruce a partir del cual la vía se duplicaría, surgiendo un nuevo vial hacia la costa, que descendiendo por el valle del río Vinalopó alcanzaría *Ilici* y *Carthago Nova*[19]. Como quiera que fuera, la posta más cercana tras *Ad Palem* sería *Ad Aras*, mediando entre ambas XXII millas. Siguiendo, primero, el camino que viene desde Montealegre por la Casa de los Aljibes y, después, el que lleva a la Font de la Figuera desde Caudete, las XXII millas se alcanzan a la altura de la Casa de Nariga[20], en un paraje que incluye también el topónimo de Puente del Vado, a unos 2 km al sudeste de La Encina[21]. Dicho lugar no se compadece bien con el dato que provee la ruta en sentido opuesto, en el tramo *Ad Turres-Ad Aras*, separadas ambas por tan solo III millas. Si aceptamos que *Turres* se localizaría en la Font de la Figuera (Arasa y Rosselló, 1995; Arasa y Pérez Jordà, 2005; López Serrano *et al.*, 2013), dicho trayecto alcanzaría un punto del municipio valenciano situado a unos 600 m al oeste de la Casa de l'Àngel[22]. No podemos explicar esta diferencia de localizaciones –ambos puntos quedan separados por unos 4,3 km en línea de aire–, más allá de considerar que los cómputos no fueron exactos ni en origen ni en el cálculo ahora realizado, pero, aun admitiendo este margen de error, la diferencia seguiría siendo importante. Por este motivo, la localización de *Ad Aras* se ha movido por este territorio con cierta imprecisión[23], siendo mayoritarias las opiniones que la sitúan en los alrededores de la Casa de l'Àngel –obviamente dando mayor relevancia al dato que la distancia III millas de *Turres*–, aunque otros investigadores la sitúan en el entorno de La Encina (Ponce y Simón, 1988: 164), en la zona donde ahora nosotros localizamos el cómputo final de

17. De hecho, es aquí donde se depositan los primeros hallazgos de escultura ibérica aparecidos en el yacimiento en 1959, en especial la conocida cierva (Almagro-Gorbea *et al.*, 2015: 66).
18. En el mapa consultado, la primera edición de la hoja 819 a escala 1:50000, datada en 1952, la carretera aparece en línea discontinua, luego estaba en proyecto o en construcción.
19. Para P. Sillières, la nueva Via Augusta, que así se denomina el ramal incorporado al trazado original del Camino de Aníbal, estaría ya construida, al menos en algunos tramos, hacia el año 8 a. C., como demostrarían los miliarios hallados en el tramo andaluz del camino (Sillières, 1977: 36). No obstante, conviene recordar que Estrabón, en su cita sobre estos ejes camineros (III, 4, 9), dice que, por entonces, cuando escribe, se estaba haciendo la nueva vía. Sabemos que el autor griego estaba redactando su obra a principios del reinado de Tiberio, en torno a los años 15-20 de la era. Es posible justificar la diferencia cronológica en el hecho de que una vía de tal longitud pudo llevar varios años en construirse.
20. Concretamente en las coordenadas UTM X: 678871 Y: 4290955. Obviamente ha de admitirse un margen de error; por ejemplo, el paso por el casco urbano de Caudete se realiza callejeando y ello ya introduciría un pequeño sesgo al cálculo realizado.
21. Hoy el lugar aparece completamente ocupado por distintas vías de comunicación (tren, Ave, autovía, carreteras comarcales…), lo que resulta bastante significativo para el estudio de las vías de comunicación antiguas. El área fue sometida a una prospección intensiva hace unos años, sin ofrecer resultados positivos (García Guardiola, 2006).
22. Coordenadas UTM X: 681514 Y: 4294131.
23. Sobre su ubicación, es práctico acudir al trabajo de F. Arasa y G. Pérez Jordà para conocer en una tabla todas las posibilidades planteadas desde el s. XIX (Arasa y Pérez Jordà, 2005: 204).

las XXII millas desde *Ad Palem*. La cuestión sigue estando abierta al debate.

En esta ruta por territorio caudetano, el cerro de Santa Ana queda a 26,7 km desde *Ad Palem*, esto es, justo a 18 millas, lo que significaría que se encontraría en el último cuarto del trayecto de este tramo y, por otro lado, manifestaría que no fue considerado un asentamiento de suficiente relevancia estratégica en época augustea como para ser incluido como estación[24]. Por su parte, el camino romano hallado en los años 80 (Ponce y Simón, 1988) aparecería hacia la milla XXI, teóricamente muy poco antes de la bifurcación de la vía en época augustea.

Este último dato nos lleva a una postrera reflexión, enlazando a su vez con los datos aportados por el tramo de vía hallado en la partida villenense de El Cantalar (Arasa y Pérez Jordà, 2005). Ambos tramos, que a nuestro juicio son por completo de fábrica romana –no hay más que comparar la similitud en la construcción que ofrecen con el tramo localizado en el recorrido entre Moixent y la Font de la Figuera (García Borja *et al.*, 2012), en este caso bien datado en época altoimperial romana–, mantienen prácticamente la misma orientación suroeste-noreste, esto es, son casi paralelos, sólo que el tramo de Villena corre a 3 km al sur del hallado en Caudete. El encuentro entre ambos debería hacerse a través de un muy acusado giro hacia el este-sureste, o hacia el oeste-noroeste si consideramos el tramo de Cantalar, que, además, debería atravesar la loma de las Albarizas, un giro que se nos antoja arbitrario. Estamos con los autores en que probablemente sean tramos de vías distintas: la de Caudete pertenece al antiguo Camino de Aníbal, remodelado en época romana, y la del Cantalar debe ser ya la Vía Augusta propiamente dicha, que comienza a descender en cota para alcanzar el corredor de Villena pasando por delante de El Morrón. De ser así, su cercanía permite inferir un encuentro cercano: el cruce donde se separaban el camino centenario y el de la reforma augustea. Y, en estas circunstancias, hemos de reconocer que la Casa de l'Àngel aparece como candidata ideal para localizar este *bivium*, pues hacia ella se dirigen tanto el eje que viene desde Caudete por el camino de la Reina como el que desde El Cantalar continúa la vía por el camino de las Albarizas, por lo que este punto define un cruce tradicional en las comunicaciones, y en sus cercanías –recordemos la preposición *ad*– se encontraría la estación de *Aras*.

6. CONCLUSIONES

La intervención arqueológica realizada en 2020 a las puertas de la ermita de Santa Ana de Caudete ha resultado un excelente acicate para retomar la evaluación sobre la trascendencia de este asentamiento ibérico en estas tierras de transición entre la Mancha y la cuenca del río Vinalopó. De este modo se obtienen nuevos documentos que permiten intuir su carácter central sobre el poblamiento del entorno, si bien sólo en una fase tardía marcada aparentemente por una alta inestabilidad política y militar. Los restos obtenidos permiten seguir algunos retazos de lo que fue su arquitectura, así como la probable extensión de los restos por la ladera de umbría del cerro. Un interesante conjunto de vasos cerámicos remarca su singularidad, a lo que se une un patrón de asentamiento *ex novo,* en altura, resguardado, aledaño a un centenario camino, del que prácticamente se apropia.

La lectura que nos permite su desarrollo histórico, que parece mostrar un pico de intensidad en la primera mitad del s. I a. C.[25], nos lleva a proponer que nos encontramos ante un asentamiento cuyo origen estaría en el traslado de la población desde el *oppidum* histórico, que se situaría en Capuchinos, a un nuevo lugar para buscar acomodo a mayor altura. Durante este proceso, las guerras civiles sertorianas (82-72 a. C.) introducen un nuevo contexto geopolítico y, en este sentido, su especial vinculación a un camino antiguo, por el que transcurrían ganados trashumantes, mercaderes, viajeros…, sobre el que sin duda se pretende ejercer algún tipo de control, redunda en esta circunstancia, pues dicha vía sería la plataforma por donde circularán las tropas y, en consecuencia, más afectará el conflicto a la población de su entorno inmediato. Unas tropas que, por otro lado, debían estar empleando dicha vía con bastante seguridad ya desde la segunda guerra Púnica, por lo que la ruta era bien conocida en la antigüedad. Está por ver en el futuro qué tipo de funcionalidad o papel pudo desempeñar Santa Ana-Capuchinos en estos conflictos, aunque no parece que fuera menor: da la sensación, incluso, que la localización de ambos, y especialmente de Santa Ana, parece querer demostrar un papel protagonista en una época de tanto estrés bélico, situándose prácticamente encima del antiguo camino, encima del conflicto.

REFERENCIAS

Adroher, A. M. y Molina, E. (2014). La molienda en la protohistoria del mediodía peninsular ibérico. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, *24*, 215-237.

Aguarod, C. (1991). *Cerámica romana importada de cocina en la Tarraconense*. Zaragoza: Instituto Fernando el Católico.

Almagro-Gorbea, M., Lorrio, A. y Simón J. L. (2015). Los pilares-estela de la necrópolis ibérica de Capuchinos (Caudete, Albacete). *Anales de Prehistoria y Arqueología*, *31*, 59-84.

24. Parece claro que la estación de *Ad Aras* refuerza su trascendencia al ser un cruce de caminos o *bivium*, circunstancia que no se da en Sana Ana.

25. La cita del hallazgo de *terra sigillata* llevaría su cronología final hasta época augustea, si bien por el momento es una pieza única y hay que apelar a la prudencia para extender la ocupación del cerro a lo largo de todo el s. I a. C.

Aranegui Gascó, C. (1970). Cerámica ibérica de La Serreta (Alcoy). *Saguntum*, *10,* 107-121.

Aranegui Gascó, C. (1975). La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio. *Saguntum*, *11*, 333-379.

Arasa, F. y Pérez Jordà, G. (2005). Intervencions en la via Augusta a la Font de la Figuera (València) i Villena (Alacant). *Saguntum*, *37*, 199-207.

Arasa, F. y Rosselló, V. M. (1995). *Les vies romanes del territori valencià*. València: Conselleria d'Obres Públiques, Urbanisme i Transport de la Generalitat Valenciana.

Bayo Fuentes, S. (2010). *El yacimiento ibérico de «El Tossal de la Cala». Nuevo estudio de los materiales depositados en el MARQ correspondientes a las excavaciones de José Belda y Miquel Tarradell*. Alicante: Diputación de Alicante.

Beltrán, M. (1976). *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*. Zaragoza: Librería General.

Blánquez Pérez, J. (1990). La Vía Heráclea y el Camino de Aníbal. Nuevas interpretaciones de su trazado en tierras del interior. En *Simposio sobre la red viaria en la Hispania Romana* (pp. 65-76). Zaragoza: Instituto Fernando el Católico.

Bonet Rosado, H. (1995). *El Tossal de Sant Miquel de Llíria: la antigua Edeta y su territorio*. Valencia: Diputación Provincial de Valencia.

Broncano Rodríguez, S. (1989): *El depósito votivo de El Amarejo (Bonete, Albacete)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 156. Madrid: Ministerio de Cultura y Deporte.

Broncano, S. y Blánquez, J. (1985): *El Amarejo (Bonete, Albacete)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 139. Madrid: Ministerio de Cultura y Deporte.

Brotons, F. y Ramallo, S. (1989). La red viaria romana en Murcia. En A. González Blanco (Coord.). *Los caminos de la Región de Murcia* (pp. 101-119). Murcia: Consejería de Política Territorial y Obras Públicas.

Cabré, J. (1944). *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica de Azaila*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, 25. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Chapa Brunet, T. (1985). *La escultura ibérica zoomorfa*. Madrid: Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos.

Cuadrado Díaz, E. (1977-1978). Ungüentarios cerámicos en el mundo ibérico. Aportación cronológica. *Archivo Español de Arqueología*, *50-51*, 389-400.

Fuentes Albero, M. M. (2006). Propuesta de definición del estilo pictórico de La Serreta (Alcoi, Cocentaina, Penàguila; Alacant). *Recerques del Museu d'Alcoi*, *15*, 29-74.

García Borja, P., López Serrano, D. y Jiménez, J. L. (Eds.). (2012). *Al pie de la Vía Augusta. El yacimiento romano de Faldetes (Moixent, Valencia)*. Valencia: Enagás-Acuamed.

García Guardiola, J. (2006). *Arqueología, patrimonio y paisaje: el valle de los Alhorines (Villena, Alicante)*. Villena: Monografías del Museo Arqueológico de Villena.

Grau Mira, I. (1995). Estudio de las excavaciones antiguas de 1953 y 1956 en el poblado ibérico de La Serreta. *Recerques del Museu d'Alcoi*, *5*, 83-119.

Grau Mira, I. (1998-1999). Un posible centro productor de cerámica ibérica con decoración figurada en la Contestania. *Lucentum*, *XVII-XVIII*, 75-91. https://doi.org/10.14198/LVCENTVM1998-1999.17-18.03

Grau, I. y Moratalla, J. (1998). *El poblamiento de época ibérica en el Alto Vinalopó.* Villena: Ayuntamiento de Villena, Fundación José María Soler.

Grau, I. y Amorós, I. (2014). Secuencia de ocupación y análisis territorial del poblado ibérico de El Xarpolar (Vall d'Alcalà, Alacant). *Archivo de Prehistoria Levantina*, *XXX*, 239-261.

Grau, I. y Segura, J. M. (2021). *El Cabeçó de Mariola (Alfafara-Bocairent). De la formación del oppidum a la dominación romana (ss. IX-I a.n.e).* Alcoi: Ajuntament d'Alcoi.

Hernández, L. y Pérez Amorós, L. (1994). Aportaciones al estudio de los asentamientos con escultura ibérica al NO. de la Contestania. En *Fortificaciones y castillos de la provincia de Alicante: Valles del Vinalopó* (pp. 187-208). Petrer: Caja de Crédito de Petrel.

Huguet Enguita, E. (2013). El material más usado por los antiguos: la cerámica común y de cocina. En A. Ribera (Ed.). *Manual de cerámica romana. Del mundo Helenístico al Imperio Romano* (pp. 291-330). Madrid: Colegio Oficial de Doctores.

Lamboglia, N. (1952). Per una clasificazione preliminare della cerámica campana. En *Atti del I Congreso Internazionale de Studi Liguri* (pp. 139-206). Bordighera: Istituto Internazionale di Studi Liguri.

Llobregat Conesa, E. (1972). *Contestania Ibérica.* Alicante: Diputación Provincial de Alicante.

López Serrano, D., Arasa, F., García Borja, P. y Valero, A. (2013). Restos romanos en torno a la ermita de San Sebastián: nuevos indicios de la posta de Turres (La Font de la Figuera, València). *Saguntum*, *45*, 261-265. https://doi.org/10.7203/SAGVNTVM.45.2640

Marimón i García, C. (2010). La capacitat de les olles de cuina ibèriques al Camp de Túria. Proposta metodològica i primers resultats. En C. Mata, G. Pérez y J. Vives-Ferrándiz (Eds.). *De la cuina a la taula. IV Reunió d'Economia en el primer mil·lenni a. C.* (pp. 271-276). Saguntum, Extra 9. València: Universitat de València.

Mata, C. y Bonet, H. (1992). La cerámica ibérica: ensayo de tipología. En *Estudios de arqueología ibérica y romana: homenaje a Enrique Pla Ballester* (pp. 117-173). Trabajos Varios del SIP, 89. Valencia: Diputación Provincial de Valencia.

Matarredona Coll, E. (1983). *Estudio geográfico del Alto Vinalopó*. Alicante: Instituto de Estudios Alicantinos.

Moratalla Jávega, J. (2005). La Alcudia ibérica: una necesaria reflexión arqueológica. *Lucentum*, *XXIII-XIV*, 89-104. https://doi.org/10.14198/LVCENTVM2004-2005.23-24.05

Morel, J. P. (1981). *Céramique campanienne. Les formes*. Paris: École française de Rome.

Nordström, S. (1967). *Excavaciones en el poblado ibérico de La Escuera (San Fulgencio, Alicante)*. Trabajos Varios del SIP, 34. Valencia: Diputación Provincial de Valencia.

Nordström, S. (1973). *La céramique peinte ibérique de la province d'Alicante*. Stockholm: Almquist & Wiksell.

Pellicer, M. (1970). La cerámica ibérica del cabezo de Alcalá de Azaila. *Caesaraugusta*, *33-34*, 63-88.

Pérez Amorós, L. (1990). *Carta Arqueológica de Caudete (Albacete)*. (Memoria de licenciatura). Universidad de Alicante. Alicante.

Pérez Blasco, M. F. (2014). *Cerámicas ibéricas figuradas (siglos V-I a. C). Iconografía e iconología*. (Tesis doctoral). Universidad de Alicante. http://hdl.handle.net/10045/41124

Pérez Blasco, M. F. (2022). Cerámicas ibéricas figuradas. Imágenes fragmentadas del pasado ibero del Cerro Lucena. En J. J. Castellano (Ed.). *El oppidum ibérico de Cerro Lucena* (pp. 276-299). Enguera: Sociedad Cultural Amigos de Enguera.

Ponce, G. y Simón J. L. (1988). Contribución al estudio del itinerario de la Vía Augusta. Los restos de una calzada en el corredor de Almansa. En *Congreso de Historia de Castilla-La Mancha , IV (Toledo, 1985)* (pp. 161-170). Talavera: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

Poveda, A. M. y Uroz, H. (2007). Iconografía vascular en El Monastil. En L. Abad y J. A. Soler (Coords.). *Arte ibérico en la España Mediterránea* (pp. 125-140). Alicante: Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil Albert.

Py, M. (1993). *Dictionnaire des Céramiques Antiques (VII^{ème} av. n. é.-VII^{ème}ap. n. é.) en Meditterranée nordoccidentale (Provence, Languedoc, Ampurdan)*. Serie Lattara, 6. Lattes: Association pour la recherche archéologique en Languedoc oriental.

Ramos Martínez, F. (2018). *Poblamiento ibérico (ss. V-III a.n.e.) en el sureste de la península ibérica. Nuevos datos para el estudio a través de la arqueología del paisaje.* BAR International Series, 2903. Oxford: BAR Publishing. https://doi.org/10.30861/9781407316642

Ribera i Lacomba, A. (1995). Una peculiar fosa de fundación de Valencia. *Saguntum*, *29*, 187-196.

Ribera i Lacomba, A. (2017). Áreas sacras de *Valentia* y alrededores antes, durante y después de la fundación de la ciudad. En T. Tortosa y S. Ramallo (Eds.). *El tiempo final de los santuarios ibéricos en los procesos de impacto y consolidación del mundo romano* (pp. 45-74). Anejos de Archivo Español de Arqueología, LXXXIX. Mérida: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Ronda Femenia, A. M. (2016). *L'Alcúdia de Alejandro Ramos Folqués: 50 años de estudios arqueológicos.* (Tesis doctoral). Universidad de Alicante. Alicante. http://hdl.handle.net/10045/85124

Rosselló Verger, V. M. (1980). Residuos de Catastro romano en Caudete y Villena. *Estudios Geográfico*, *161*, 5-13.

Ruiz Molina, L. (1991-1992). La cueva santuario ibérica del Cerro del Castillo, Yecla (Murcia). *Anales de Prehistoria y Arqueología*, *7-8*, 83-96.

Ruiz, A., Molinos, M., López Rozas, J., Crespo García, J. M., Choclán, C. y Hornos, F. (1983). El horizonte ibérico antiguo del Cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén). Cortes A y F. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, *8*, 251-300.

Sala Sellés, F. (1992). *La «tienda del alfarero» del yacimiento ibérico de La Alcudia*. Alicante: Publicaciones de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, Fundación Cultural.

Sala, F. y Moratalla, J. (Eds.). (2014). *Las Guerras Civiles romanas en Hispania: una revisión histórica desde la Contestania*. Alicante: Marq-Universidad de Alicante.

Sánchez Priego, J. A., Ruiz, A., Bravo, E. M., Vizcaíno, D., Ruiz, J. M. y Madaria J. L. de. (2017). La Vía Augusta en la Font de la Figuera (Valencia): intervención arqueológica, estudio geomorfológico y análisis de los materiales y técnicas de construcción. En *Jornadas sobre las calzadas romanas en la Antigüedad (Burguete, 2013)* (pp. 87-115). Donostia: Sociedad de Ciencias Aranzadi.

Sanz, R. y Blech, M. (2000). Die Skulpturen der iberischen Nekropole Los Capuchinos (Caudete, Albacete). *Madrider Mitteilungen*, *41*, 148-161.

Sillières, P. (1977). Le 'Camino de Aníbal'. Itinéraire des gobelets de Vicarello, de Castulo à Saetabis. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, *XIII*, 32-83. https://doi.org/10.3406/casa.1977.2243

Sillières, P. (1990). *Les voies de communication de l'Hispanie méridionale*. Bordeaux: Centre Pierre Paris.

Simón García, J. L. (2002). Elementos arqueológicos de la cultura ibérica en Almansa. En *II Congreso de Historia de Albacete, 1* (pp. 145-154). Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses «Don Juan Manuel».

Soria Combadiera, L. y Díes Cusí, E. (1998). Análisis de un espacio de frontera: el noroeste de la Contesania en el s. IV. En *Los Iberos, Príncipes de Occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica* (pp. 425-435). Saguntum, Extra 1. Valencia: Universidad de Valencia.

Tortosa Rocamora, T. (2004). Tipología e iconografía de la cerámica ibérica figurada del enclave de La Alcudia (Elche, Alicante). En T. Tortosa (Coord.). *El yacimiento de La Alcudia (Elche, Alicante): Pasado y presente de un enclave ibérico* (pp. 71-222). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Tortosa Rocamora, T. (2006). *Los estilos y grupos pictóricos de la cerámica ibérica figurada de La Contestania*. Mérida: Instituto de Arqueología-Mérida.

Uroz Rodriguez, H. (2022). *Libisosa. Historia congelada.* Serie I: Estudios, 272. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses «Don Juan Manuel». https://doi.org/10.37927/978-84-18165-51-1

Vegas, M. (1973). *Cerámica común romana del Mediterráneo occidental*. Barcelona: Universidad de Barcelona.

Verdú Parra, E. (2014). *La necrópolis ibérica de l'Albufereta. Ritos y usos funerarios en un contexto de interacción cultural*. Alicante: Universidad de Alicante.